

ANAQUEL

Por Francisco MONTERDE

Don Artemio de Valle-Arizpe se fue

La vida de don Artemio de Valle-Arizpe que, entre otros cargos, tuvo alguna vez el de Secretario de la Universidad Nacional de México antes de que llegara la autonomía, se extinguió en esta capital el 15 de noviembre último, en su casa-museo: la número 16 de la calle que desde hace algunos años lleva su nombre.

Fue el popular don Artemio —narrador, ante todo, que trazó varios centenares de artículos y vio publicadas más de cinco decenas de libros evocadores del pasado virreinal, rebasado por él a veces— si no cronológicamente el primero, sí el más asiduo representante del grupo de escritores mexicanos a quienes se llamó “colonialistas”.

Herederio inmediato, en la genealogía literaria, de su antecesor en el recorrido de esa ruta predilecta, el historiador y cronista don Luis González Obregón, a quien él mencionaba como uno de los que lo guiaron por ese camino, fue hasta su muerte Cronista de la Ciudad: el segundo a quien se honró en vida, al incluir su nombre en la nomenclatura urbana.

Había nacido en la capital de Coahuila, Saltillo —en cuyo cementerio de Santiago reposan ahora sus restos—, cuatro años antes de la fecha (1888) que aparece en las historias de la literatura mexicana, precisamente el 25 de enero de 1884, según aclaración que hizo al académico José María González de Mendoza uno de los deudos de Valle-Arizpe, la mañana de su fallecimiento.

De familia bien instalada en la sociedad coahuilense —su padre fue gobernador de aquel Estado—, como hijo mayor, que había perdido a su madre en la infancia, se le destinó a seguir una de las llamadas carreras liberales que estaba de acuerdo con sus aficiones literarias pronto despiertas, según recordaría él mismo en años recientes.

Iniciados sus estudios en Saltillo, pasó por el Colegio de San Juan —fue alumno aprovechado de latín, con los jesuitas—, antes de llegar al prestigiado Ateneo Fuente de la misma ciudad de su nacimiento, y concluido el bachillerato, su padre lo premió con ese viaje a los Estados Unidos del Norte en que soñaban los adolescentes de su tiempo.

Vino después a la capital de la República, para seguir la carrera de abogado. Ingresó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia en 1903 y en ella estudió un par de años. Por razones de salud, se trasladó a la capital de San Luis Potosí, donde siguió los cursos de Derecho a lo largo de otros tres, y finalmente fue a sustentar el examen, para recibirse de abogado, en Saltillo.

Dos años más tarde, relaciones e influencias políticas le llevaron al Congreso de la Unión. Aquí se encontraba, al conmemorarse el Primer Centenario

de la iniciación de la lucha por la Independencia, como diputado en la última Cámara de los tiempos porfirianos, en la que no representó a su tierra natal sino a Comitán de las Flores, Chiapas.

Al perder su posición, concluido el gobierno del general Díaz, Artemio de Valle-Arizpe se dedicó al ejercicio profesional; pasó temporadas, alternativamente, en Saltillo y en la ciudad de México, donde trató a literatos de la época, después de haber conocido en San Luis a Manuel José Othón y al obispo Montes de Oca, entre otros.

En 1919, durante el Constitucionalismo, ingresó en el Servicio Diplomático:



Podrá dar asunto a varios Anaqueles

don Venustiano Carranza le dio el nombramiento de segundo secretario, con el que fue a la Legación de México en Madrid.

Con el mismo carácter pasó Artemio de Valle-Arizpe de España a Bélgica, y fue después a Holanda. Esos traslados le permitieron conocer bien las obras de los pintores flamencos y familiarizarse con los maestros holandeses, antes de regresar a Madrid, donde permaneció como agregado de la Comisión de Estudios que presidía don Francisco A. de Icaza.

Aprovechó Valle-Arizpe su residencia en Europa, y viajó ampliamente por Francia, Italia e Inglaterra, antes de emprender el retorno a su patria, de la que sólo habría de ausentarse de nuevo, hace un lustro, para volver a Madrid como uno de los representantes de la Academia Mexicana que asistieron al Segundo Congreso de Academias.

En la Academia Mexicana Correspondiente de la Española había ingresado, en calidad de correspondiente, el 29 de agosto de 1924. Pasó a ser académico de número, el 2 de diciembre de 1931: ocupaba el décimo sillón, en el que le había precedido don José María Roa Bárcena y don Victoriano Salado Álvarez.

Dos discursos pronunció Valle-Arizpe en la corporación: el de rigor —al cual dio respuesta el licenciado Alejandro Quijano, el 5 de abril de 1933—, acerca de Fray Servando Teresa de Mier, con el que ingresó en la Academia; y el primero, que fue leído en la sesión dedicada a honrar la memoria de don Victoriano Salado Álvarez, la noche del 13 de noviembre de 1931.

Grabada la voz de Artemio de Valle-Arizpe, en la serie inicial de “Voz Viva de México”, la Universidad Nacional Autónoma de México ha conservado en un disco de aquella serie: “Literatura mexicana”, pasajes de sus obras, en los cuales describe la Plaza Mayor y evoca personajes del pasado.

El postrer homenaje que recibió en vida Valle-Arizpe le fue rendido en la capital del Estado de Puebla, el 4 de junio del año que concluye, al aparecer el anecdotario de don Artemio, por Enrique Cordero y Torres. A ese homenaje asistieron, con autoridades de la ciudad de Puebla, funcionarios y personas amigas, devotas del escritor, que hicieron su elogio.

El licenciado Artemio de Valle-Arizpe, cronista de la ciudad de México, era fuente viva de recuerdos y anécdotas que relataba, infatigablemente, a quien se interesaba por escucharlos. Brotaban de sus labios, de modo espontáneo y ameno, sembrados de expresiones pintorescas, entre aspavientos e ironías.

La hemiplegia que mantuvo algún tiempo casi inmóvil su lado derecho —aprendió entonces a escribir con la mano izquierda: capacidad ingeniosamente recordada en una anécdota madrileña que recogió quien esto escribe—, le impedía también expresarse con facilidad. Por la misma razón, caminaba lentamente.

Unos tres años antes de que llegara el final de su existencia, don Artemio de Valle-Arizpe, al avanzar por una acera húmeda, resbaló y sufrió una caída que tuvo para él consecuencias lamentables: la fractura de una pierna le mantuvo varios meses, casi inmóvil, en una cama del sanatorio de la Defensa Nacional, donde le visitaban colegas y amigos.

La amistosa costumbre establecida desde entonces, hizo que se improvisara una tertulia matutina, dominical, en su biblioteca. La presidía don Artemio, ante su mesa de trabajo, con el tintero de Talavera del que sacaba sus obras —según la inscripción del mismo— al frente. Esa tertulia se efectuó hasta el domingo anterior a su muerte.

El examen, aun somero, de la vasta producción literaria de Valle-Arizpe llenaría muchas de estas páginas, ya que sus títulos pasan del medio centenar. Podrá dar asunto a varios *Anaqueles*, pues si las obras por él publicadas no lo completan, sí ocupan varios plúteos.